

CAPÍTULO 1

CONSIDERACIONES TEÓRICAS

La arqueología del paisaje surge como una alternativa a los enfoques espaciales propuestos por la *nueva arqueología* (p.e. Jochim, 1976; Vita Finzi & Higgs, 1970; Willey, 1953), criticando principalmente el carácter limitante sobre el cual se ha desarrollado este concepto; los estudios se han encaminado desde distintas perspectivas teóricas, Layton y Ucko (1999, citados en: Carden, 2008: 54) señalan dos posturas contrarias: la ecológica y naturalista, en la cual el paisaje preexiste al ser humano y es independiente de él, siendo la conducta humana una respuesta a ese medio externo (planteamiento procesual), y la simbólica y culturalista (postprocesual), los paisajes se entienden como imágenes culturales y simbólicas resultado de la expresión y proyección de ideas (Daniels & Cosgrove, 1998, citados en: Carden, 2008).

De acuerdo con Ingold (1993), el paisaje se constituye como un testimonio de vida de las generaciones que han habitado el mundo, por lo tanto, no debe ser asumido como un objeto externo a la percepción humana, es parte integral de los seres humanos, contenidos a su vez en el paisaje en la medida en que este está presente en la vida de las poblaciones como parte de su identidad, es un acto de estar en el mundo (Tilley, 1994: 12). Esa *percepción del paisaje*² genera sentimientos de arraigo y continuidad hacia lugares determinados (Curtoni, 2000: 15), vínculos en los cuales la tierra es parte fundamental de la existencia de grupos humanos mediante lazos emocionales (Tilley, 1994: 39), en donde la tierra no contiene los sitios, sino que los sitios, más que espacios determinados, son significativos y contienen la tierra (Tilley, 1994). A través de esta continua interacción entre los grupos humanos y el entorno

² Constituye la forma esencial cognitiva y emocional de acercarse, actuar y conocer el entorno (Tuan, 1977, citado en: Curtoni, 2000: 116).

se producen sentimientos de pertenencia y apego hacia ciertos lugares, como también se generan ideas de posesión y necesidades de marcar y transformar el espacio (Bradley, 1991; Criado, 1991; Taçon et al., 1997, citados en: Curtoni, 2000: 118).

Es así como la arqueología del paisaje parte del reconocimiento del carácter cultural, social e histórico del paisaje y de su importancia como elemento estructurador de los procesos socioculturales tanto pasados como presentes (Bender, 1993; Criado, 1991; 1993; Ingold, 1993; Tilley, 1994); no es un medio externo en el cual nos movemos y actuamos y al cual miramos como sujetos independientes, es parte interna nuestra y estamos dentro de él (Gosden & Head, 1994), es parte activa de la vida social, elemento que resulta transformado, pero que a su vez transforma los procesos históricos, económicos, políticos y culturales (Gosben & Head, 1994).

Criado (1999) ha definido el paisaje como “el producto socio-cultural creado por la objetivación, sobre el medio y en términos espaciales, de la acción social tanto de carácter material como imaginario” (p. 5). Esta definición reconoce la bidimensionalidad del paisaje constituido por una parte material y otra imaginaria, representando el pensamiento social (Criado, 1991). Así mismo, en cuanto producción social hay tres dimensiones (Criado, 1991, 1999): la física o ambiental; la social, sobre la cual se producen las relaciones entre individuos y grupos, y la simbólica, que corresponde al entorno pensado.

A su vez estas tres dimensiones van de la mano con tres perspectivas en la comprensión del paisaje: la empirista, que lo entiende como una realidad dada; la sociológica, que lo entiende como un medio y producto de procesos sociales, y, finalmente, la culturalista, que reconoce la relación estrecha y necesaria entre paisaje, cultura y sociedad (Troncoso, 2006: 54).

Es así como el paisaje corresponde también a una construcción cultural e histórica que está en directa relación con un sistema de saber-poder particular, y en la cual la cultura material actúa como un mecanismo que materializa un determinado concepto de paisaje, representando diversos aspectos socioculturales. La construcción del paisaje responde inicialmente a un conjunto de códigos espaciales que, a su vez, forman parte de estructuras y normas que operacionalizan un concepto de espacio (Troncoso, 2006). El uso de este término designa la construcción social del mismo, tanto a nivel del imaginario social

(mitologías, presuposiciones) como también en la intervención del paisaje (paisaje construido) (Shields, 1991).

El paisaje, en cuanto espacio construido, sobrepasa en sí mismo lo físico; de esta manera, el paisaje dejó de ser considerado como una entidad física a la cual los humanos se adaptaban, para luego ser reconocido como un producto cultural creado por la objetivación de la acción social tanto de carácter material como simbólico. Es así como las formas del paisaje juegan un papel crucial en prácticas rituales, asociaciones entre pasado y presente, de poder, de mediación, de relaciones con la tierra, de continuidad, de referentes simbólicos (Tilley, 1994). La arqueología del paisaje, entonces, se constituye en una herramienta de análisis teórico-metodológico orientada al descubrimiento de racionalidades espaciales materializadas en estructuras espaciales que se expresan en diferentes ámbitos fenoménicos del registro arqueológico (Criado, 1999), que permite identificar los distintos niveles o dimensiones que lo componen en busca de regularidades espaciales inherentes a cada grupo.

Criado (1999: 14) propone la aplicación de estrategias distintas para el análisis de los espacios arqueológicos que pertenezcan a un mismo horizonte cultural o a contextos distintos; dichas estrategias se basan en estudios sincrónicos y diacrónicos que pueden combinarse entre sí, y que permiten analizar los cambios, concordancias o discordancias de las cosmovisiones comunes y pueden compararse con otras zonas o periodos diferentes. Estas estrategias toman relevancia en esta investigación debido a que los materiales arqueológicos de los periodos Intermedio (Yotoco) y Tardío (Sonso) están, en la mayoría de las veces, presentes de manera conjunta en los sitios de El Dorado, aspecto que puede ser un indicador de un patrón de uso continuo del paisaje. Al no hallar evidencias de variaciones lo suficientemente contrastantes, se puede considerar que podría haber una cosmovisión común que consciente asumir una importante similitud del uso del paisaje en las escalas espaciales y temporales.

Lo anterior justifica el hecho de dar preponderancia al paisaje como un elemento cultural fundamental para ser leído, y si bien seguramente habrá marcadores que indiquen variaciones en la dinámica cultural presente en el paisaje (de un período, tan amplio, 100 a 1500 d. C. [Rodríguez, 2002]), no se cuenta aún con las suficientes fechas para identificarlas. Lo importante aquí es el reconocimiento logrado de esos patrones de racionalidad evidenciados

en el valle de El Dorado y que, al compararse con áreas periféricas que también presentan similitudes, pueden a su vez dar pistas de cómo funcionan para otros sitios.

De otra parte, la construcción del paisaje no se refiere únicamente a su espacialidad, sino también a las estrategias de visibilidad reproducidas sobre una voluntad, consciente o inconsciente, de visibilizar o invisibilizar la acción social (Criado, 1993), también implica el uso de recursos específicos orientados a configurar el carácter y dimensión de la visibilidad. Estas condiciones de visibilidad derivan en dos consecuencias básicas para la comprensión del registro arqueológico, una partiendo de la aceptación de las premisas de que todo lo visible es simbólico (Criado, 1993) y que todo lo simbólico es social (Giobelina, 1990), las estrategias y condiciones de visibilidad de la cultura material actúan como un recurso simbólico que se interrelaciona con el entramado sociocultural de un grupo humano por lo que se constituyen en un elemento activo en los procesos de construcción social de la realidad (Troncoso, 2006: 55). Las estrategias de visibilidad de la acción social se relacionan con los patrones de racionalidad de las formaciones socio-culturales (Criado, 1993, 1999), expresándose como materializaciones de estas (Troncoso, 2006: 55).

El modelo teórico metodológico propuesto por Criado (1993) indica que

a través de rasgos intrínsecos del registro arqueológico, se puede leer y caracterizar [...] partiendo del convencimiento de que la definición de las condiciones de visibilidad del registro arqueológico y de la cultura material constituye uno de los recursos básicos de los que dispone el arqueólogo para interpretar la relación entre las entidades y la realidad social de la que proceden. (p. 41).

Los análisis de visibilidad y visibilización llevados a cabo en los emplazamientos estudiados de El Dorado, fueron aspectos que revelaron la importancia que las comunidades prehispánicas dieron a sus sitios para su ubicación y orientación, aspecto que resalta uno de los principios propuestos por el mismo autor de que lo ideal es lo básico de lo material, las cosas antes de ser practicadas deben ser pensadas (Criado, 1993: 41). La continua interrelación establecida entre una estructura social, su tecnología, subsistencia, valores, ideas, creencias y el medioambiente que la rodea, conforma un paisaje socialmente percibido (Curtoni, 2000: 122); este paisaje cultural es asumido como propio, originándose

un sentido de pertenencia, una identidad (Ingold, 1993; Tilley, 1994; Morphy, 1995, citado en: Curtoni, 2000).

El conocimiento de cómo los grupos humanos del pasado prehispánico en el valle de El Dorado usaron, transformaron y plasmaron en el paisaje sus procesos de conformación social y cultural como elementos de su realidad, permite identificar la compleja relación que estos establecieron con los diversos paisajes y cómo el territorio fue construido durante miles de años, constituyéndose en un elemento fundamental de identidad³. Poder identificar las formas que adopta cada cultura particular para expresar las relaciones con el entorno (Hernando, 2002: 49) no implica conocer el significado concreto que las culturas del pasado dieron a sus signos, ni concretar mitos o ideas particulares del grupo, se trata más bien de conocer la modelación de la conciencia subjetiva que tienen los seres humanos de los hechos sociales y el carácter objetivo de esos hechos (Hernando, 2002: 49-50) que dan forma a un lugar mediante la experimentación de los individuos con el entorno, transmitiendo sus ideas y conceptualizaciones (Curtoni, 2000: 117) que marcan un lugar en el tiempo y en el espacio.

³ Es la idea que cada uno tiene sobre quién es y cómo es la gente que le rodea, cómo es la realidad en la que se inserta y cuál es el vínculo que le une a cada uno de los aspectos dinámicos o estáticos del mundo en el que vive (Hernando, 2002: 50).